



¿Dónde están los intelectuales?

ÉSTA es la pregunta que a menudo nos hacemos, cuando la perplejidad nos acosa ante casos de corrupción, crisis de valores, sucesos desconcertantes... ¿No es éste el momento indicado para que sus análisis clarifiquen la confusión de los perplejos? Pero esta pregunta lleva también a otras: ¿qué entendemos por intelectual?, ¿qué intelectuales demandamos?... Lo cierto es que no vislumbramos en el horizonte ni a un Unamuno, ni a un Weber, ni a un Sartre, ni a un Levi-Strauss, ni a un Ortega...

¿Qué es un «intelectual» en nuestros días?

CUANDO volvemos nuestros ojos al pasado, nos resulta fácil definir como intelectuales a los grandes filósofos, a los teóricos de las ciencias y estudiosos de las letras, las artes y el saber en general. Reconocemos al intelectual responsable en el filósofo que sale a la luz de la caverna platónica y que retorna a demostrar a los compañeros encadenados -aun con riesgo de su propia integridad física— que la verdad está fuera de ese espacio en penumbras al que se hallan atados; identificamos como intelectual también al solitario Kant que no sintió nunca la necesidad de salir de su Königsberg natal y menos aún la de

explicar a sus coetáneos las razones de la realidad inmediata y concreta.

Pero al volver la mirada a nuestro entorno inmediato, resulta mucho más difusa la imagen del verdadero intelectual y, por ello, la diferenciación respecto de los «pseudo-intelectuales».

Tal vez, la imagen y esencia del intelectual moderno haya sufrido demasiados cambios, o esté en proceso de transformación en la nueva sociedad, o en crisis de identidad; quizás sean tantos los que opinan hoy desde los medios que la voz del verdadero intelectual se confunde en la maraña de opiniones, tertulias, comentaristas...

No es fácil definir qué es un intelectual; como dice Norberto Bobbio, en este sentido es peligrosa toda generalización, cualquier juicio global al respecto resulta inadecuado teniendo en cuenta la pluralidad de nuestra sociedad contemporánea, las diversas formas de poder y de saberes al que prestan en ocasiones su voz los intelectuales. Y ante la tarea de definición del concepto, las posturas son diversas y hasta extremas.

G. E. Rusconi propone una definición descriptiva: «Los intelectuales son hombres de cultura, de ciencia, de iglesia y de partido que interpretan los momentos decisivos de su tiempo con una particular perspicacia y consciencia crítica de su función». No es intelectual sólo el filósofo o el físico, el historiador o el crítico literario: el concepto se ha ampliado tanto como las esferas del saber que tienen como punto de partida el entendimiento. He aquí tal vez una de las razones de la confusión en torno al concepto y de la dificultad de la definición.

¿Cómo reconocer al verdadero intelectual?

SI no se puede llegar a un acuerdo en la definición del intelectual, Rusconi propone reconocerlo a través de tres requisitos fundamentales: la profesionalidad en el campo del trabajo, la capacidad de asumir posiciones frente a los sucesos decisivos de la vida pública,

y un peso objetivo reconocido en el contexto social y en el mundo de la cultura. Esta triple exigencia nos lleva a sospechar que el número de intelectuales ha de resultar escaso.

*Si aplicamos con rigor el primero de los requisitos —la **profesionalidad**— muchos de los llamados «intelectuales» deberían ser inmediatamente descartados porque a menudo se confunde la profesionalidad con un cierto entrenamiento o saber en determinada área: son los «especialistas en todo» que opinan sin haber estudiado en profundidad la materia en torno a la cual desgranar sus comentarios y consejos paternales, por ejemplo, desde la letra impresa o los medios audiovisuales. Pero también existen, en la labor silenciosa de cátedras universitarias, en centros de investigación, verdaderos cumplidores de este primer deber que, sin estridencias pero con inquebrantable responsabilidad, desarrollan una labor intelectual silenciosa pero eficaz, al servicio de la formación de nuevas generaciones o en la búsqueda del saber.*

RESPECTO del segundo requisito —**capacidad de asumir posiciones frente a los sucesos decisivos de la vida pública**— algunos intelectuales se abstienen de manifestar su opinión más allá de un círculo escogido e inmediato, o simplemente callan; otros pecan por exceso y se transforman en «intelectuales orgánicos o alienados» al servicio de determinadas ideologías. Y un intelectual puede estar «alineado» con una ideología, con una determinada corriente de pensamiento; pero no «alienado» por ella. Al respecto puede ocurrir que un intelectual sea capaz de asumir posiciones pero que no las asuma, al menos públicamente: es el caso de muchos intelectuales católicos que, siendo capaces de emitir juicios responsables y esclarecedores, se refugian en el mutismo o en el círculo limitado de los iguales, temerosos de ser tachados de «clericales» —nunca como en nuestros días este término se ha cargado de connotaciones tan despectivas— cuando precisamente es necesario de su parte un esfuerzo de comunicación con los creyentes y de respuesta a temas que, sin duda, conciernen a la esfera de lo esencial humano. El aborto, la eutanasia, la

corrupción, la solidaridad, los límites éticos del desarrollo científico y tantos otros, no son temas de patrimonio exclusivo de reflexión por parte de los intelectuales agnósticos ni de los católicos; conciernen a la totalidad de los seres pensantes y deben ser objeto de reflexión de y por todos. Desde la fe estos temas cobran una dimensión esclarecedora para los creyentes, y en el peor de los casos, distinta, nueva, para los que no lo son; pero muchos intelectuales católicos parecen aceptar que la religión es hoy minoritaria y que sólo pertenece a la esfera de lo individual, como piensa la mayoría, y escogen la vía del autoexilio.

*Y sobre la última exigencia, no debe confundirse **reconocimiento objetivo en el mundo socio-cultural** con «fama»: cuántas veces nos lo demuestran los «famosos por un tiempo», aupados en ocasiones por las instancias del poder y que, en su fugaz carrera, dejan de brillar apenas se reducen sus posibilidades de aparición en la prensa o la televisión y se los sustituye por otros «portavoces». No son estos últimos, obviamente, los intelectuales que anhelamos; y los que podrían contar sobradamente con nuestro reconocimiento desisten a veces de darse a conocer, de manifestar sus opiniones en torno a los temas que preocupan a la sociedad; o lo hacen de un modo tan poco ameno, resultan tan crípticos que oscurecen en lugar de iluminar. Reconocimiento y fama, lamentablemente, se confunden e identifican por el imperio omnipresente de los medios de comunicación social: casi sólo reconocemos al que hemos visto antes por la pantalla de televisión. Bastaría con que esos medios ofrecieran esta posibilidad a las voces de reconocida solvencia cultural; claro es que para que accedieran a hacerlo, muchos intelectuales preferirían que los programas tuvieran un carácter de solvencia que está muy distante de la realidad.*

¿Por qué callan muchos intelectuales?

MUCHOS de los intelectuales que podrían cumplir con creces los requisitos enunciados se recluyen en círculos cerrados junto a sus iguales, piensan y trabajan en las aulas universitarias o en las salas de

investigación sin el menor interés por salir a la palestra de la vida. Sienten que sus reflexiones no cuentan con el crédito suficiente, o pueden resultar inútiles frente a la estulticia generalizada. Sus temores no son infundados: existe desinterés por los temas que teóricamente plantea el intelectual; los receptores se interesan por cuestiones más tecnológicas, más hedonistas; y, además, la racionalidad, que es la esfera de su actuación, se encuentra en decadencia.

Atravesamos una época de crisis de su misión. Más aún, se percibe una crisis de la inteligencia: el mundo moderno plantea un cúmulo de problemas nuevos de orden político, económico, ético, tecnológico a los que el intelectual no ha sabido o no ha querido dar respuesta oportuna. Sólo se da crédito, un crédito excesivo, a la razón científica y tecnológica, al cientifismo. Otra de las causas del descrédito puede hallarse en la circunstancia de que la inteligencia está demasiado unida a dogmas e ideologías, como arma de compromiso político, ideológico o religioso. Aunque, como admitía Keynes, es cierto que «Tras cualquier acción de un político se puede encontrar algo dicho por un intelectual quince años atrás», demasiados intelectuales han confundido en nuestros días esta propiedad profética con la prioridad promocional ideológica que sirve de apoyo al poder.

DE todos los intelectuales, los que más se aíslan son los católicos, sobre todo desde hace dos décadas en España. Hasta entonces, contaban con un auditorio dispuesto a oírles: los creyentes. Hoy les falta crédito y se dan cuenta de que no se confía en la posibilidad de clarificación que procede de la religión. El intelectual católico resulta sospechoso porque, en este mundo tan fuertemente secularizado, no se confía en armonizar fe y vida intelectual crítica. Por otra parte no han surgido o no se dan a conocer intelectuales católicos lo suficientemente liberales como para que puedan dar testimonio vivo de la factibilidad de esta conciliación, dentro o fuera de la Iglesia.

¿Qué esperamos de los intelectuales?»

«**AL** intelectual se le debe exigir que busque la verdad, no que la encuentre», decía Diderot. Y este requisito no ha cambiado: la duda, la búsqueda de la verdad en libertad, desde su propia conciencia y trabajo es la postura esencial y existencial del verdadero intelectual. Se mueve en la esfera de la perplejidad reflexiva, debe problematizar, convertir en interrogante las cuestiones con que se enfrenta, interpelando a la realidad y a la gente con la formulación del problema que los demás no perciben como tal. Nos empuja hacia un debate interno en el que podemos re-pensar lo formulado y encontrar o intentar encontrar nuestras propias respuestas.

EL verdadero intelectual es conciencia lúcida, interrogante, vigilante, profunda, ajena a ignorancias; y su papel fundamental es despertar las conciencias adormecidas de los más propensos al dogmatismo o a la insensibilidad racional; debe suscitar preguntas, sensibilizarnos con ellas hacia los hechos y valores que nos conciernen. Y esto sólo es posible si el intelectual mantiene y cultiva, independientemente de la postura, religión o ideología con la que se sienta identificado o afin, un sentido **crítico esencial, responsable y honesto**. José L. Aranguren, uno de los pocos intelectuales admitidos casi unánimemente como tal, señala que «El intelectual ha de ser crítico, en mayor o menor medida, claro está, según lo merezca aquello de que se trate, con respecto a todo». El auténtico intelectual debe sembrar permanentemente la duda, mantener abierta su razón a la realidad: el ejercicio de su pensamiento crítico es la forma de su actividad social esencial. **Responsabilidad y honestidad**, dos valores a menudo postergados en aras de otros ídolos, han de mover al intelectual hacia la ampliación de la esfera de sus oyentes, hacia la ruptura del aislamiento insolidario y hacia otras mentes pensantes en grupos de reflexión progresivamente más amplios. Superar, en fin, toda forma de recelo o de desdén, de escepticismo o cobardía, toda tentación de refugio en la cómoda «torre de marfil».

PODEMOS afirmar, a la luz de los hechos, que el silencio de los verdaderos intelectuales está siendo llenado por las múltiples voces de los «pseudo-intelectuales». Podemos atribuir a muchos factores externos —descrédito de la racionalidad, intereses sociales prioritariamente materialistas, pluralidad de la sociedad, multiplicación de las fuentes y formas del poder, omnímoda preeminencia de los medios de comunicación, etc.— la razón de esta situación. Pero muchos intelectuales también son responsables de su propio descrédito: los que callan pudiendo aportar una pregunta que despierte en nosotros una cadena de interrogantes; los que comprometen su libertad de conciencia en aras de ideologías y políticas. Precisamente cuando la realidad se manifiesta más compleja, incomprendible y confusa, la responsabilidad del intelectual se intensifica: la racionalidad, la conciencia o la inteligencia sólo se renuevan en el ejercicio activo de los intelectuales responsables que saben despertarla a su vez en quienes se muestran más insensibles a sus demandas.